

LA LITURGIA DEL PUEBLO PEREGRINO

En la liturgia terrena preparamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero (cf. Ap 21, 2; Col 3, 1; Heb 8, 2); cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste él, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos también gloriosos con él (Fl 3, 20; Col 3, 4). (SC 8)

La liturgia terrena, bien vivida, proclama nuestra condición de peregrinos, al tiempo que nos da fuerza para andar el camino con gozosa esperanza. La asamblea de los creyentes está de camino hacia «la santa ciudad de Jerusalén». Dicho con otras palabras: peregrina hacia su esperanza, que es Cristo sentado a la diestra de Dios y ministro del santuario y del tabernáculo verdadero. El texto del Concilio reenvía a unos textos bíblicos que merecen ser leídos y meditados.

Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo. Y oí una gran voz desde el trono que decía: «He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el “Dios con ellos” será su Dios». Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido. Y dijo el que está sentado en el trono: «Mira, hago nuevas todas las cosas». Y dijo: «Escribe: estas palabras son fieles y verdaderas». Y me dijo: «Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente. El vencedor herederá esto: yo seré Dios para él, y él será para mí hijo. Pero los cobardes, incrédulos, abominables, asesinos, impuros, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda». (Ap 21, 1-8)

Por tanto, si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él. (Col 3, 1-4)

Esto es lo principal de todo el discurso: Tenemos un sumo sacerdote que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos, y es ministro del Santuario y de la Tienda verdadera, construida por el Señor y no por un hombre. En efecto, todo sumo sacerdote está puesto para ofrecer dones y sacrificios; de ahí la necesidad de que también Jesús tenga algo que ofrecer. Ahora bien, si estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo otros que ofrecen los dones según la ley. Estos sacerdotes están al servicio de una figura y sombra de lo celeste, según el oráculo que recibió Moisés cuando iba a construir la Tienda: Mira, le dijo Dios, te ajustarás al modelo que te fue mostrado en la montaña. Mas ahora a Cristo le ha correspondido un ministerio tanto más excelente cuanto mejor es la alianza de la que es mediador: una alianza basada en promesas mejores. (Heb 8, 1-6)

En la liturgia, como afirma magistralmente el texto conciliar, «preparamos y tomamos parte en la liturgia celeste». La liturgia terrena y la celeste se hallan misteriosa y maravillosamente unidas. Pero no siempre se tiene bastante en cuenta esta verdad. Y esto sucede cuando prevalece la estética

ritual y la religiosidad, en lugar de la belleza y dinámica profunda de la fe. Se olvida que por la fe y el bautismo somos ya en la tierra ciudadanos del cielo, de camino a la patria.

Hermanos, sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros. Porque —como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos— hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas; solo aspiran a cosas terrenas. Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo. (Flp 3,17-21)

En la celebración eucarística, la interacción misteriosa de la liturgia terrena y la celeste se pone de relieve de maneras diversas. Con los coros celestiales, cantamos al tres veces santos, como cantaban ya los serafines en la visión de Isaías y luego los vivientes en el Apocalipsis (cf. Is 6, 1-3; Ap 4, 8). La plegaria eucarística se concluye con la glorificación del Padre por, con y en Cristo en la unidad del Espíritu Santo. El Amén de la comunidad ratifica lo que proclama la fe. No estamos ante simples fórmulas repetidas de forma rutinaria, sino ante la realidad y verdad de la comunión de los santos. Por ello afirma el Concilio: «La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza». (SC 10)

Incorporados por la fe y el bautismo al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, los creyentes avanzamos como peregrinos en el mundo proclamando las maravillas de Dios, alabándolo, participando en el sacrificio de Cristo y comulgando con su cuerpo y sangre, hasta que vuelva en gloria. En la Liturgia terrena, por tanto, ante todo en la Eucaristía, nos asociamos ya a la liturgia celeste. De ella mana la gracia que nos impulsa a amar a Dios y a amarnos mutuamente con el mismo amor de Cristo. Quien se une en el Espíritu al sacrificio de Cristo, tiene presente en su corazón esta exhortación del apóstol: «Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave olor». (Ef 5, 1-2)

Pasemos ahora a meditar algunos puntos de la constitución sobre la sagrada liturgia, para ahondar en nuestra condición de peregrinos de la esperanza que no defrauda.

1.- La acción sagrada de la liturgia.

La Constitución «Sacrosanctum Concilium» se inicia presentando el lugar de la liturgia en el misterio y misión de la Iglesia en la historia. En ella se hace una afirmación decisiva: Por medio de la liturgia «se ejerce la obra de nuestra redención». En ella acontece la obra divina de la salvación, que trasciende el tiempo y el espacio. Estamos ante el misterio, esto es, ante la revelación en acto del designio salvador de Dios.

En efecto, la Liturgia, por cuyo medio "se ejerce la obra de nuestra Redención", sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de la Iglesia ser, a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos. Por eso, al edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la Liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y

presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones, para que, bajo de él, se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor. (SC 2)

La obra de la salvación se realiza en Cristo

Dios, que "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (*1 Tim.*, 2,4), "habiendo hablado antiguamente en muchas ocasiones de diferentes maneras a nuestros padres por medio de los profetas" (*Heb.*, 1,1), cuando llegó la plenitud de los tiempos envió a su Hijo, el Verbo hecho carne, ungido por el Espíritu Santo, para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón, como "médico corporal y espiritual", mediador entre Dios y los hombres. En efecto, su humanidad, unida a la persona del Verbo, fue instrumento de nuestra salvación. Por esto en Cristo se realizó plenamente nuestra reconciliación y se nos dio la plenitud del culto divino. Esta obra de redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza, Cristo la realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión. Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión. Por este misterio, "con su Muerte destruyó nuestra muerte y con su Resurrección restauró nuestra vida. Pues el costado de Cristo dormido en la cruz nació "el sacramento admirable de la Iglesia entera". (5)

En la Iglesia se realiza por la Liturgia

Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, Él, a su vez, envió a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica. Y así, por el bautismo, los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con El, son sepultados con El y resucitan con El; reciben el espíritu de adopción de hijos "por el que clamamos: Abba, Padre" (*Rom.*, 8,15) y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre. Asimismo, cuantas veces comen la cena del Señor, proclaman su Muerte hasta que vuelva. Por eso, el día mismo de Pentecostés, en que la Iglesia se manifestó al mundo "los que recibieron la palabra de Pedro "fueron bautizados. Y con perseverancia escuchaban la enseñanza de los Apóstoles, se reunían en la fracción del pan y en la oración, alabando a Dios, gozando de la estima general del pueblo" (*Hch.*, 2,14-47). Desde entonces, la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual: leyendo "cuanto a él se refiere en toda la Escritura" (*Lc.*, 24,27), celebrando la Eucaristía, en la cual "se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su muerte", y dando gracias al mismo tiempo "a Dios por el don inefable" (*2Cor.*, 9,15) en Cristo Jesús, "para alabar su gloria" (*Ef.*, 1,12), por la fuerza del Espíritu Santo. (6)

La acción salvadora del Señor acontece en la vida litúrgica, que gira fundamentalmente en torno a los sacramentos. Los apóstoles fueron enviados en el Espíritu Santo, como Cristo, para proclamar y realizar «la obra de la salvación», tal como acontece en la vida sacramental: «No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica». La liturgia celebra «el hoy» permanente de la salvación, obra de la Trinidad Santa.

De aquí se induce, si lo meditamos y contemplamos, el que nos interroguemos sobre cómo vivimos y nos formamos para celebrar bien la acción salvadora de Dios en la vida sacramental. Es necesario, por tanto, superar el ritualismo y ciertas formas de pietismo e individualismo. *La Iglesia es la*

comunidad de los peregrinos de la esperanza, de los rescatados hoy por el Señor, para dar razón de la esperanza en el mundo. La celebración litúrgica nos urge a conjugar contemplación y acción, a peregrinar en esperanza. San Agustín da una clave importante para avanzar en este sentido cuando afirma: Canta y camina, sabiendo que la liturgia terrena y celeste están unidas en el misterio.

¡Dichoso Aleluya aquel! ¡En paz y sin enemigo alguno! Allí ni habrá enemigo ni perecerá el amigo. Se alaba a Dios allí y aquí; pero aquí lo alaban hombres llenos de preocupación, allí hombres con seguridad plena; aquí hombres que han de morir, allí hombres que vivirán por siempre; aquí en esperanza, allí en realidad; aquí de viaje, allí ya en la patria. Ahora, por tanto, hermanos míos, cantémoslo, pero como solaz en el trabajo, no como deleite del descanso. Canta como suelen cantar los viandantes; canta, pero camina; alivia con el canto tu trabajo, no ames la pereza: canta y camina. ¿Qué significa «camina»? Avanza, avanza en el bien. Según el Apóstol, hay algunos que van a peor. Tú, si avanzas, caminas; pero avanza en el bien, en la recta fe, en las buenas obras: canta y camina. No te salgas del camino, no te vuelvas atrás, no te quedes parado. (Sermón 256)

Contempla y actúa. Canta y camina. Vive como peregrino de la esperanza, de una esperanza que se hace actualidad permanente en la celebración de la acción litúrgica.

2.- La liturgia obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo: El cristo total, cabeza y cuerpo¹.

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Mt., 18,20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno.

¹ La belleza intrínseca de la liturgia tiene como sujeto propio a Cristo resucitado y glorificado en el Espíritu Santo que, en su actuación, incluye a la Iglesia. En esta perspectiva, es muy sugestivo recordar las palabras de san Agustín que describen elocuentemente esta dinámica de fe propia de la Eucaristía. El gran santo de Hipona, refiriéndose precisamente al Misterio eucarístico, pone de relieve cómo Cristo mismo nos asimila a sí: « Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor dicho, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido ». Por lo tanto, « no sólo nos hemos convertido en cristianos, sino en Cristo mismo ». Así podemos contemplar la acción misteriosa de Dios que comporta la unidad profunda entre nosotros y el Señor Jesús: « En efecto, no se ha de creer que Cristo esté en la cabeza sin estar también en el cuerpo, sino que está enteramente en la cabeza y en el cuerpo ».

Puesto que la liturgia eucarística es esencialmente *actio Dei* que nos une a Jesús a través del Espíritu, su fundamento no está sometido a nuestro arbitrio ni puede ceder a la presión de la moda del momento. En esto también es válida la afirmación indiscutible de san Pablo: « Nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo » (1Co 3,11). El Apóstol de los gentiles nos asegura además que, por lo que se refiere a la Eucaristía, no nos transmite su doctrina personal, sino lo que él, a su vez, recibió (cf. 1Co 11,23). En efecto, la celebración de la Eucaristía implica la Tradición viva. A partir de la experiencia del Resucitado y de la efusión del Espíritu Santo, la Iglesia celebra el Sacrificio eucarístico obedeciendo el mandato de Cristo. Por este motivo, al inicio, la comunidad cristiana se reúne el día del Señor para la *fractio panis*. El día en que Cristo resucitó de entre los muertos, el domingo, es también el primer día de la semana, el día que según la tradición veterotestamentaria representaba el principio de la creación. Ahora, el día de la creación se ha convertido en el día de la « nueva creación », el día de nuestra liberación en el que conmemoramos a Cristo muerto y resucitado. (SC 36-37)

Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia. (SC 7)

Para llevar a cabo la obra de la salvación, «Cristo está siempre presente en su Iglesia». En esta perspectiva es de la máxima importancia, recordar que la liturgia es «como el ejercicio del sacerdocio de Cristo y de su Cuerpo, que es la Iglesia. Si nos atenemos a las plegarias eucarísticas, la obra de la salvación es obra de la Trinidad santa. En Cristo la Iglesia es «sacramento universal de salvación». La Iglesia es obra trinitaria. En la plegaria eucarística, imploramos al Padre, para que envíe el Espíritu de santidad, para que transforme el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, así como la asamblea eucarística en lo que recibe, pues el mismo Cristo, muerto y resucitado se nos da como comida y bebida de salvación. Estamos en el hoy de Dios. Hoy se realiza el misterio insondable de la salvación ante los ojos de la fe. Hoy nos habla el Señor. Hoy se nos da como viático para el camino, es decir, todo lo necesario para encaminarnos hacia la plena realización con renovada esperanza. Hoy renacemos a una esperanza viva. No es obra nuestra, sino de Dios. Así lo proclama la fe apostólica.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo, que, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, *nos ha regenerado para una esperanza viva*; para una herencia incorruptible, intachable e inmarcesible, reservada en el cielo a vosotros, que, mediante la fe, estáis protegidos con la fuerza de Dios; para una salvación dispuesta a revelarse en el momento final. Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es percedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe: la salvación de vuestras almas. Sobre esta salvación estuvieron explorando e indagando los profetas que profetizaron sobre la gracia destinada a vosotros tratando de averiguar a quién y a qué momento apuntaba el Espíritu de Cristo que había en ellos cuando atestiguaba por anticipado la pasión del Mesías y su consiguiente glorificación. Y se les reveló que no era en beneficio propio, sino en el vuestro por lo que administraban estas cosas que ahora os anuncian quienes os proclaman el Evangelio con la fuerza del Espíritu Santo enviado desde el cielo. Son cosas que los mismos ángeles desean contemplar. (1P 1, 3-12)

Cuando se olvida la perspectiva correcta de la fe, la litúrgica cae, en el mejor de los casos, en un pietismo de cuño individualista, para satisfacer ciertas necesidades afectivas. Con cierta frecuencia se está más atento a una estética externa que a la dinámica de la auténtica liturgia de la Iglesia. Seguimos con el precepto. Y esto aparece claro en el sacramento de la reconciliación. Las personas se acusan de haber faltado el domingo a Misa; no de cómo viven la originalidad de la liturgia. La mayoría de ellas no prestan atención a la fórmula del perdón. Les basta oír: «Yo te absuelvo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Es como si se olvidará la acción recreadora del perdón divino y bastase ser absuelto de no haber cumplido con lo mandado. Escuchemos la belleza, una vez más, de la fórmula sacramental: «Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

En la acción litúrgica, por tanto, estamos llamados a participar como el Cuerpo de Cristo. En la Eucaristía, los creyentes nos asociamos a la ofrenda que Jesucristo hace al Padre en favor de la humanidad entera. La participación activa del cristiano no se mide por su intervención en los ritos. Los monaguillos, aun cuando sean adultos, en ocasiones, son los que menos siguen el dinamismo profundo de la Eucaristía, pues su preocupación está centrada en lo ritual, en lo externo.

3.- La liturgia y la renovación de la alianza.

La Iglesia, peregrina de la esperanza, en medio de los pueblos de la tierra tiene su origen en el Dios de la alianza. La liturgia celebra sin cesar el hoy de la alianza de Dios con su pueblo. Ya lo vemos así en el culto del pueblo de Israel. El capítulo 24 de Josué es un magnífico ejemplo de la liturgia como renovación de la alianza, en la que Dios fiel espera la respuesta del pueblo elegido, una respuesta que entraña conversión y fe.

En la Eucaristía, «fuente y culminación de toda la predicación evangélica» (PO 5), la «sangre de la alianza nueva y eterna» urge a la comunidad eclesial a vivir en la caridad. En ella sigue resonando las palabras del apóstol de las gentes: «Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos». (2Cor 5, 14-15) La Eucaristía nos urge a darnos a Cristo y en él a los hermanos que comparten el mismo camino. En esta dinámica estamos llamados a ser en Cristo viático los unos para los otros, a fin de andar el camino en la historia con gozosa esperanza.

De esta forma, por tanto, se aúnan la dimensión objetiva y subjetiva que postula nuestra condición de peregrinos de la esperanza. Cristo, en efecto, es nuestra esperanza y en él recorreremos con esperanza las etapas de nuestra peregrinación hacia el Padre, como él lo hiciera de este mundo al Padre a través del madero de la cruz. El sacramento de la fe, el sacramento de la Eucaristía no recuerda todos los días, que recibimos la gracia de unirnos al Padre, para ser signos y servidores de la esperanza que no defrauda.

La Eucaristía nos introduce así en *la mística del abajamiento* del Hijo, para darnos a conocer el amor del Padre; en *la mística del compartir fraterno*, para andar como hermanos el mismo camino; en *la mística de la misión*, para anunciar al mundo entero la fuente de la esperanza y del amor; en *la mística de la comunión*, para andar el camino como hombres entre los hombres, como discípulos entre discípulos, como hermanos entre hermanos. La liturgia, en especial, la liturgia eucarística, nos capacita día tras día, para andar el camino de la conversión y la fe. El reino de Dios se hace presente en la Pascua del Hijo amado y nos invita a la conversión y la fe.

4.- El carisma sacerdotal al servicio del pueblo peregrino.

Peregrinos entre los peregrinos, el carisma sacerdotal nos ha sido dado para que seamos siervos, esto es, servidores de los hermanos a fin de contagiar con nuestras vidas, obras y palabras el dinamismo de la esperanza fiable, la que no defrauda. Una esperanza que la da, en última instancia, el Espíritu derramando el amor en nuestros corazones. No se trata de un liderazgo al estilo del mundo, esto es, de quienes buscan sus seguidores. Nuestro servicio, lejos de buscar adeptos, busca poner a los demás en camino hacia la Pascua del Señor. Colaborar con el Espíritu Santo es secundar

el trabajo que hace en el corazón de las personas, pueblos y culturas, para conducir a la Pascua del Hijo amado, del Hombre entre los hombres, para hacernos partícipes de la vida divina. Teniendo esto presente veamos algunos puntos de cómo servir al pueblo peregrino de acuerdo con nuestro carisma.

a.- Formación litúrgica

La Iglesia es un pueblo sacerdotal, profético y real. En él somos integrados por la fe y el bautismo. La carta a los hebreos hablando del sacerdocio nuevo y único de Cristo, nos recuerda que los creyentes, al estar incorporados a él, estamos capacitados y llamados para dar culto al Dios vivo. Es una dimensión muy importante para vivir nuestra oración y la existencia, pues somos purificados por el sacrificio de Cristo para el culto verdadero.

Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tienda es más grande y más perfecta: no hecha por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. No lleva sangre de machos cabríos, ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna. Si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerro, santifican con su aspersión a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo! (Heb 9, 11-14)

Los padres de la Iglesia desarrollaron una auténtica catequesis mistagógica. Hoy, a mi entender, sería necesario volver a esta práctica. Hay gente buena y piadosa que desconoce de las riquezas de la liturgia. Su ignorancia la suple con actos piadosos. Y esto es una gran responsabilidad de los que compartimos el ministerio apostólico y somos agraciados con el carisma sacerdotal.

El Papa Benedicto XVI, en la exhortación apostólica sobre la Eucaristía, *Sacramentum Caritatis*, ofrece criterios para una real catequesis mistagógica, para «una participación fructuosa». Puesto que se trata de «corresponder personalmente al misterio que se celebra mediante el ofrecimiento a Dios», nada puede dispensar de la experiencia personal; pero no es menos cierto que para ello es de suma importancia «una catequesis de carácter mistagógico que lleve a los fieles a adentrarse cada vez más en los misterios celebrados». Y el Papa ofrecía este itinerario para llevar a cabo dicha catequesis: Interpretar los ritos a la luz de los acontecimientos salvíficos, según la tradición de la Iglesia; introducir en el significado de los signos contenidos en los ritos; «enseñar el significado de los ritos en relación con la vida cristiana en todas sus facetas, como el trabajo y los compromisos, el pensamiento y el afecto, la actividad y el descanso... *Y concluía*: Para realizar en nuestras comunidades eclesiales esta tarea educativa, hay que contar con formadores bien preparados. (SC 64)

Cada día constato cómo nuestras comunidades eucarísticas carecen de una real formación litúrgica, a pesar de los años y años que algunos de sus miembros participan de ordinario en la celebración de la santa Misa. ¿Cómo gustar lo que se desconoce? ¿Para qué educamos?

b.- La dimensión cósmica de la Eucaristía.

Hoy se habla mucho de «ecología», y con razón. Los consagrados en la secularidad no podemos permanecer ajenos a este signo de los tiempos. Ahora bien, la misión de la Iglesia en su diálogo y colaboración con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, conviene que recuerde, a tiempo

y destiempo, la presencia del Creador en su creación. La evangelización es la razón de ser de la Iglesia en el mundo. De otra forma se corre el riesgo de desvirtuar la originalidad del aporte de la fe evangélica al mundo.

En esta perspectiva, me parece oportuno e importante recordar la dimensión cósmica de la Eucaristía, centro de toda la vida litúrgica. Y para ello es bueno releer un número de la encíclica del Papa Francisco, «Laudato si'».

En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él. En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico: «¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, *sobre el altar del mundo*». La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado. El mundo que salió de las manos de Dios vuelve a él en feliz y plena adoración. En el Pan eucarístico, «la creación está orientada hacia la divinización, hacia las santas bodas, hacia la unificación con el Creador mismo». Por eso, la Eucaristía es también fuente de luz y de motivación para nuestras preocupaciones por el ambiente, y nos orienta a ser custodios de todo lo creado. (236)

Para ser custodios de lo creado necesitamos conocer el designio de Dios sobre lo creado. La autonomía de las realidades del mundo no serán bien vividas, si se pone a Dios entre paréntesis. «El como si Dios no existiera», que tanto auge vuelve a tomar, lleva al olvido también de que lo creado nos ha sido dado para la plena realización de toda la persona humana, tanto en su integridad material como en la espiritual.

En la Eucaristía, el pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre, se transforman en el cuerpo y sangre del Viviente. La Iglesia implora al Padre que realice esta transformación maravillosa por la fuerza del Espíritu y la Palabra. La tierra y el trabajo humano son importantes, pero sin la acción del Señor, no se lograría la transformación. «La Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado», como dice Francisco. El Concilio Vaticano apuntaba así en esta dirección, hablando de la verdadera autonomía de las realidades temporales y de los carismas que el Espíritu suscita en la Iglesia:

Mas los dones del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar testimonio manifiesto con el anhelo de la morada celestial y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros los llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres, y así preparen la materia del reino de los cielos. Pero a todos les libera, para que, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida, se proyecten hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirán en oblación acepta a Dios.

El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el cuerpo y sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial. (GS 38)

La Eucaristía, por tanto, se presenta como prenda de la esperanza del pueblo peregrino en camino hacia al banquete celestial. La liturgia terrena y la liturgia celeste no pueden separarse. Así lo afirma

la fe apostólica. El Unigénito de Dios se hizo uno de los nuestros, para que nosotros participáramos de la naturaleza divina. Dios no es un rival del hombre, como mintió el diablo, sino el que lo ama y le hace partícipe de su inmortalidad.

c.- La dimensión social de la Eucaristía

La Iglesia no es una simple suma de peregrinos, hace el camino sinodalmente, esto es, como comunidad fraterna, participando responsablemente, anunciando la Buena Nueva del reino de Dios mientras avanzan hacia la meta. Los peregrinos no esperamos algo inexistente, que nosotros vayamos a crear. Avanzamos al encuentro definitivo con Aquel que nos puso en camino y no deja de guiarnos y sostenernos, con su luz y fuerza por la senda empinada. Nuestra esperanza gozosa debemos compartirla sin cesar con la humanidad entera. No podemos guardarnos para nosotros la Verdad que libera y conduce a la plenitud. No seríamos fieles al que nos convoca a la vida sin ocaso. La liturgia de los peregrinos tiene una clara dimensión misionera y, por lo mismo, social. Dios ha querido salvarnos como pueblo, como una verdadera familia.

El impulso escatológico de la liturgia eucarística, lejos de aislar a la Iglesia peregrina, la urge a trabajar por el devenir de la humanidad. Juan Pablo II lo expresaba con mucha fuerza en su encíclica sobre la Eucaristía.

Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un « cielo nuevo » y una « tierra nueva » (*Ap* 21, 1), eso no debilita, sino que más bien *estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente*. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al diseño de Dios.

Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo « globalizado », donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del « lavatorio de los pies », en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. *Jn* 13, 1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como « indigno » de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (Cf. *ICo* 11, 17.22.27.34).

Anunciar la muerte del Señor « hasta que venga » (*I Co* 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo « eucarística ». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: « ¡Ven, Señor Jesús! » (*Ap* 22, 20). (EdE 20)

Benedicto XVI insiste en cómo la celebración eucarística es fragmentaria si no conduce a verdadero compartir fraterno.

Pero ahora se ha de prestar atención a otro aspecto: la « mística » del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: « El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan », dice san Pablo (*ICo 10, 17*). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos « un cuerpo », aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el *agapé* se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el *agapé* de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor. El paso desde la Ley y los Profetas al doble mandamiento del amor de Dios y del prójimo, el hacer derivar de este precepto toda la existencia de fe, no es simplemente moral, que podría darse autónomamente, paralelamente a la fe en Cristo y a su actualización en el Sacramento: fe, culto y *ethos* se compenetrán recíprocamente como una sola realidad, que se configura en el encuentro con el *agapé* de Dios. Así, la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el « culto » mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa —como hemos de considerar más detalladamente aún—, el « mandamiento » del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser « mandado » porque antes es dado. (DCE 14)

La liturgia bien celebrada, por tanto, nos sostiene en el camino, para que avancemos junto con los hombres y mujeres de todos los tiempos hacia el banquete del Reino de los cielos. No olvidemos de invitar a todos mientras vamos de camino. El Señor nos ha preparado el banquete y quiere reunir en él a sus hijos dispersos.